BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

CAMILA

Ó

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

NICETO ONECA



MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
Greda, 15, bajo

1895

CAMILA

ó

LA REVOLUCION FRANCESA

CAMILA

Ó

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

NICETO ONECA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DEL PRINCIPE ALFONSO
el día 16 de Diciembre de 1894



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

A LA SEÑORA

Doña Carmen Fernández de Satorres

Señora: Cuando en los primeros días del mes próximo pasado un actor á quien nunca agradeceré cuanto por mí ha hecho, después de oir la lectura de mi obra, la acogía con cariño y me alentaba confiando en el éxito, que ha superado á mis ilusiones, no podía esperar que una mujer tan bondadosa como usted, siguiera con interés tan grande el curso de las representaciones de mi CAMILA.

Perdida la fe y excéptico por los desengaños, sólo tres personas, fuera del círculo de mi mujer é hijas, son las que me han alentado en el Calvario de la vida; pero desde hoy puedo contar una más, y esa es usted.

Acepte esta humilde dedicatoria y permita dé las gracias á cuantos me han ayudado, y muy especialmente al Sr. Sánchez Palma, y cuente siempre con el reconocimiento más sincero de s. s. s.

q. s. p. b.

N. Oneca

Al eminente actor D. Antonio Perrín
El autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CAMILA....................	SRA.	COBOS.
MARCELA....................		CALMARINO.
GUSTAVO....................	SR.	GARZA.
ENRIQUE (1)..................		OLIVA.
BERNARDO..................		SÁNCHEZ PALMA.
UN OFICIAL..................		CASANOVA.
UN GENDARME.		JUSTO.

Gendarmes y pueblo

La acción pasa en Francia durante la revolución de 1893

DERECHA É IZQUIERDA LA DEL ACTOR

(1) De este papel se encargó, la segunda noche, el actor señor Fernández.

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala principal de una quinta. Dos puertas laterales y una al fondo. Detrás de ésta jardín. En una de las paredes, una panoplia sujetando varias espadas.

ESCENA PRIMERA

BERNARDO mirando con interés por la puerta de la izquierda. MARCELA, al lado opuesto haciendo labor

BERN. ¡Duerme al fin! ¡Gracias á Dios
que descansa! ¡Pobre niña!
¿Qué delito cometiste
para ser tan perseguida?
(Dirigiéndose á Marcela y acercándose hacia ella.)
¡Hola! siempre trabajando;
¿ociosa, mi cara amiga,
no he de verte?

MARC. Esposo mío
el trabajo es medicina
para el alma que de angustias
llena está como la mía.

BERN. ¿Qué te aflige?

MARC. Mil zozobras
me asaltan.

BERN. ¡Qué tontería!

MARC. (Dejando la labor, y acercándose á Bernardo y con misterio.)
Tengo miedo; el menor ruido
me sobresalta, me irrita;
sueño con sangre, el cadalso
nunca aparta de mi vista.

BERN. No temas, que retirados,
aislados en esta quinta...
MARC. No es por tí por quien yo tiemblo,
Bernardo, ni por mí misma;
sino por él, por Gustavo.
BERN. ¿Por nuestro hijo? Bobería;
es leal, ama á su patria,
el peligro es su divisa...
MARC. Eso no basta, Bernardo,
que en esta época maldita
una delación infame,
hace al más honrado víctima.
BERN. (Con seriedad.)
La revolución, Marcela,
al que la vende castiga,
no al que bravo la defiende
con su sangre, con su vida.
MARC. Recuerda los Girondinos.
BERN. (Con desprecio.)
¡Traidores!
MARC. (Con exaltación.) Calumnia inicua.
BERN. (Mirando á todas partes y con temor.)
¡Mujer!...
MARC. ¿Camilo y Danton
fueron también?...
BERN. (Sobresaltado.) La vindicta
así los juzga.
MARC. (Exaltada.) Execrables
y abominables hablillas.
BERN. (Con mucho temor.)
¿Pero, mujer, te has propuesto
se nos tilde de realistas?
MARC. Lo que quiero es demostrarte
no hay existencia tranquila,
ni seguridad, ni asilo,
patrio amor, virtudes cívicas
que de escudo servir puedan
de las populares iras.
BERN. No lo niego; mas nuestro hijo
hoy se encuentra en Normandía
con su regimiento, lejos,
Marcela, de las intrigas
que en las grandes poblaciones

suele fomentar la envidia.
Más temores y recelos
hoy esa infeliz me inspira.
(Señalando á la puerta izquierda.)

MARC. ¿Cómo la hallaste, Bernardo?

BERN. (Con misterio.)
Del Sena junto á la orilla,
cuando anoche regresaba
desde París á esta quinta,
percibí una oscura sombra,
al juzgar, tan abstraída
contemplando la corriente
que deslizaba tranquila,
que más que un ser animado
una estatua parecía.
Curioso por ver quién era,
me acerco y oigo suspira.
Por un momento vacilo,
pero luego de puntillas,
voy hacia ella, mas, ligera
al sentirme, se retira.
La sigo; á los pocos pasos
cae ante mí de rodillas;
en balbucientes palabras
y con voz desfallecida
exclama:—No, no es posible...
¡Yo conspirar!... Fuí su amiga.
¿Y quién no lo es, ciudadanos,
de la angelical Lucila?...
¡Oh, la han matado! ¡Dios mío!...
También quizá á mi nodriza...
y yo... buen hombre... ¡qué horror!
he corrido todo el día...
Esas turbas... Los gendarmes...
¿Qué les he hecho?

MARC. (¡Pobre chica!)

BERN. —Me amparareis, ¿no es verdad?
Vedme muerta de fatiga,
ya sola, desamparada.
Ciudadano, si aun agita
el sentimiento ese pecho,
¡compasión! —»Y fuerte asía
mis dos manos, mientras perlas

corrían de sus pupilas.
¿Qué había de hacer?
MARC. ¡Es claro!
Te prometo que yo misma
he de cuidarla.
BERN. Un deber
obra es tan caritativa.
MARC. Mas si un peligro...
BERN. No temas,
Marcela, todo se olvida.
Ayer Camilo y Dantón,
hoy esa infeliz Lucila;
mañana sólo Dios sabe
qué suceso, qué noticia
ocupará al vecindario
de esa populosa villa.
La atención, en el período
que atravesamos, querida,
es como el revuelto mar
donde las olas se agitan,
encrespándose un momento,
despareciendo en seguida,
que la popular venganza
del huracán de las iras,
azotada se revuelve,
ruge, persigue, aniquila;
pero con igual impulso
que se levanta, se olvida.
Mas nos conviene que ignore
Enrique...
MARC. ¡Virgen Santísima!
Si él supiera...
BERN. No; un pretexto,
una lícita mentira,
puede ocultar á sus ojos...
MARC. (Mirando al fondo.)
Ahí está. (¡Dios nos asista!) (Aparte á Bernardo.)
Inventa para engañarle
cualquier cosa
BERN. (Lo mismo.) Una sobrina
diré que es. ¿Qué te parece?
MARC. Muy bien; me voy á advertirla...
(Vase izquierda.)

ESCENA II

BERNARDO y ENRIQUE, por el fondo

ENR. ¿Cómo vamos por aquí?
BERN. Perfectamente.
ENR. (Con ironía.) Cual yo.
¿No me esperabas, eh?
BERN. No.
¿Del tribunal vienes?
ENR. Sí.
Y he estado en la Convención.
BERN. Traerás alguna noticia.
ENR. Que el palacio de justicia
cumple con su obligación.
BERN. Luego...
ENR. Todo marcha bien;
la ciudad está tranquila
y hoy se ejecutó á Lucila,
la esposa de Desmoulins.
(Pronúnciese Demulén.)
BERN. ¡Pobre mujer!
ENR. (Exaltado.) ¿Compasión
á quien perturba la grey?
¡Oh, no; cúmplase la ley!
BERN. ¡Qué quieres, al corazón
es difícil contener!
Quizás un supuesto falso
es quien condenó al cadalso
á esa infeliz.
ENR. ¡Qué mujer!
¡Asombro ha causado en toda
la ciudad!
BERN. (¡Qué desdichada!)
ENR. Bernardo, iba ataviada
como el día de su boda.
Serena subió al tablado,
demostrando no se humilla;
miró la fatal cuchilla,
con aire tan denodado
y con tan poca emoción,
que, Bernardo, no te asombre

si juzgo no ha habido un hombre
que la iguale en corazón.
¡Camilo, con entereza
gritaba allí!

BERN. (¡Eso mancilla!)

ENR. Mientras la fatal cuchilla
pendía de su cabeza.

BERN. Relatando ese valor,
verte sereno me admira.

ENR. ¡Ay, mi corazón respira
sólo venganza y rencor!

BERN. ¿Aun, Enrique, no olvidaste
aquél amargo reproche?

ENR. (Con rencoroso tono.)
¿Quién olvida aquella noche,
Bernardo, en que me encontraste
cubierto de oprobio y pena,
mal herido?

BERN. ¡Sí, Dios mío!

ENR. ¿No estaba al borde del río
mi sangre tiñendo el Sena?
¡Qué situación; me atormenta
su recuerdo! ¡¡Allí espirante,
mi cuerpo febricitante,
el alma llena de afrenta!!

BERN. Lo que relatando vas
hace ya, Enrique, veinte años.

ENR. Hay, Bernardo, desengaños
que no se olvidan jamás.

BERN. ¿Qué causa pudo atraer
sobre tí tal situación?

ENR. ¡Ay, el tener corazón;
el amar á una mujer!
En tiempos, recuerda bien,
de la caída tiranía,
como escudero servía
al barón de Beaujardín. (Léase Boyarden.)
El cielo me castigó
con desventura prolija;
tenía el barón una hija
de la misma edad que yo.
Ella fué mi frenesí,
como á un ángel la adoré

y, ¡ay! Bernardo, yo no sé
cuánto tiempo pasó así.
BERN. Olvida ya esa quimera.
ENR. ¿Yo olvidar? ¿Y cómo olvido
que amado también he sido
por ella? ¡Nunca lo fuera!
Lo vedaba mi linaje,
pues el altivo barón
al comprender mi pasión,
ardiendo de ira y coraje,
como un vil me hizo azotar;
presenciándolo él, es cierto,
y cuando me creyó muerto
al Sena me hizo arrojar.
Gracias á tu caridad
me salvé y á tu cariño.
BERN. Casi eras, Enrique, un niño;
me admira tal crueldad.
ENR. Del inhumano barón
recibí tamaña ofensa,
que, desde entonces, condensa
odio eterno el corazón.
BERN. ¿Y ella?
ENR. Sucumbió al rigor.
BERN. Olvido, quizá, hallarás...
ENR. ¡Bernardo! Olvidar, ¡jamás,
mientras viva aquí el dolor! (Con exaltación.)
Sabes tú lo que es vivir
á una mujer adorando,
por ella sólo alentando,
por ella sólo sufrir.
Sentir un piadoso anhelo
del alma en lo más profundo;
ser ella para tí el mundo;
ser ella para tí el cielo.
¡Dejar que de la pasión
el sentimiento que vibra,
se arraigue fibra por fibra
en todo tu corazón!
Y, cuando loco, en delirio,
crees tu dicha alcanzada,
una mano despiadada
ver te arroja en el martirio;

Que, cruel, sin compasión,
sin temer su atroz efecto,
por arrancarte el afecto,
destruye tu corazón.
¿Quién puede gozar de calma,
Bernardo, sí; quién olvida
llevando tan honda herida
en lo profundo del alma?

BERN. Ese ciego frenesí
consuelo al fin ha de hallar.

ENR. (Con desesperación)
Logrado había calmar
este afán que late aquí;
pero, ¡ah! que una aparición,
como un recuerdo evocado
ante mis pasos, ha dado
nuevo impulso al corazón.
Mas yo... no, á qué recordar...

BERN. A tu sufrimiento fin,
paseando en el jardín,
Enrique, te hará olvidar...

ENR. ¿Comprendes por qué odio guardo
á la extinguida nobleza?

BERN. (Tirándole suavemente por un brazo.)
¡Vamos!

ENR. (¡Arde mi cabeza!)
¡Cuánto he sufrido, Bernardo! (Vanse fondo.)

ESCENA III

MARCELA y CAMILA, por la izquierda

MARC. Vamos, hija mía, hoy ten
ya calma, no ese terror.
¿Qué, no te sientes mejor?

CAM. Sí, ciudadana; estoy bien.
Gracias á vuestros cuidados
dormir un rato he podido;
pero, ¡qué sueño he tenido!
por todas partes soldados
veía yo... ¡Cuando pienso!...

MARC. Como todo sueño es falso...

CAM. He visto alzarse un cadalso,
¡oh! sobre un gentío inmenso.
MARC. Ya puedes estar tranquila;
ese sueño no te asombre.
Mas no me has dicho tu nombre...
¿Cómo te llamas?
CAM. Camila.
MARC. Camila, bien; ¿y de qué?
CAM. ¿De qué?
MARC. ¿Cuál es tu apellido?
CAM. Otro nombre no he tenido
que el que digo.
MARC. Por mi fe,
me has llegado á interesar,
pobre y desvalido ser.
(Ofreciéndola con amabilidad una silla y sentándose en otra próxima.)
¿Y qué te pudo atraer
la indignación popular?
CAM. De un hombre el despecho y la ira.
MARC. ¿Por qué, hija mía?
CAM. Me inspira
una aversión singular.
MARC. ¡Aversión!
CAM. Y bien notoria;
causa fué de mi disgusto.
MARC. ¡No sabes con cuánto gusto
escucharía tu historia!
CAM. Sus atenciones derecho
para saberla en rigor...
MARC. ¡Oh, no!...
CAM. Sí; amengua el dolor
depositado en el pecho
de una amiga, y vos ahora
sois para mí, aunque no cuadre,
una cariñosa madre,
pues que sois mi salvadora.
MARC. Madre, sí, te lo prometo;
me interesaste, ya te amo.
CAM. Pues vuestra atención reclamo,
como igualmente el secreto.
¿Quién soy yo? Débil mujer.
¡Cuántas veces, ay de mí!

pregunté: ¿por qué nací
si no hube de merecer
de unos padres el amor,
de una madre la caricia?
¡Que en vano pide justicia
quien nace para el dolor!
Cielos, ¿qué funesto bien
con el nacer me otorgais?
¿Por qué con la vida dais
á un tiempo muerte también?
Si un nombre se me negó,
¿qué otra causa puede haber,
que muerte de la honra ser
de aquella que me engendró?

MARC. (En tono de dulce reconvención.)
No es una cosa sencilla
saber cómo se ha nacido.

CAM. Pues yo, escondida he vivido,
como vive la mancilla.
Esta es mi historia en concreto:
una mujer me ha criado;
y hasta ayer de mí ha cuidado
con cariño, con secreto.
Así pasaba mi vida,
nunca azarosa ni inquieta,
como humilde violeta
que se consume escondida.
Y os juro...

MARC. (¡Pobre Camila!)

CAM. Que era feliz, pues consuelo
piadoso me otorgó el cielo
en la amistad de Lucila,
al alma amistad bien cara;
pero, ¡ay! mi cruel destino
quiso un hombre en mi camino,
sin piedad se atravesara,
siguiéndome su rigor
por do quiera.

MARC ¿Qué pretende?

CAM. Que admita lo que me ofende
más en el mundo: su amor.

MARC. Camila, al fin sois mujer,
y amar no es ningún pecado.

CAM. ¡Ciudadana, es que he jurado
eterno amor á otro ser!
MARC. Ya extrañaba yo que amor
no os causara sus anhelos.
CAM. Ardiendo de ira y de celos,
mi constante asediador
me persigue decidido.
Hombre terrible y audaz,
de todo, creo, es capaz.
MARC. ¿Su nombre?
CAM. Nunca ha querido.
revelarle.
MARC. Ese es un mal;
si supiéramos... tal vez...
CAM. Sólo he sabido que es juez
de ese horrible tribunal,
sediento de sangre y ¡oh!...
cuando él dicta una sentencia
no hay amparo ni clemencia
para la víctima, no.
Todo á favor del desorden
es posible.
MARC. Sí, Camila.
CAM. Cómo se acusó á Lucila
de conspirar contra el orden
no sé cómo ni por quién.
MARC. Por infames enemigos.
CAM. Ello es que hoy á sus amigos
se les persigue también.
Mi casa un grupo asaltó
de esa gente foragida;
pude huir, mas fuí seguida
por las turbas; ellas, ¡oh!
me han hecho tanto correr,
que ya el cansancio y la pena
á las orillas del Sena
me hicieron desfallecer.
¡Oh, si él supiera quizás!
MARC. Tranquila vivid ahora; (Se levantan.)
él vuestro retiro ignora
y no lo sabrá jamás.

ESCENA IV

DICHOS, y BERNARDO muy gozoso por el fondo

BERN. ¡Esposa mía! ¡Marcela!
(Reparando en Camila y acercándose con respeto á ella.)
¡Ah, perdonad, ciudadana!
¿Estáis mejor?
CAM. Más tranquila.
Disfruto dichosa calma,
gracias á vos.
BERN. Un deber
cumplimos, y Dios nos paga
con creces; sí, esposa mía,
hoy el cielo nos depara
el placer más inefable
que puede esperar el alma.
MARC. (Con interés.)
¿Qué es ello? Dinos.
BERN. La dicha
mas grande é inesperada.
Nuestro hijo...
MARC. (Conmovida.) ¡Cómo!...
BERN. Nuestro hijo
ha llegado esta mañana.
MARC. ¿Es verdad? ¿Cómo lo sabes?
Bernardo, ¡oh Dios! ¿no te engañas?
BERN. Há poco que con Enrique
por el jardín paseaba
distraído, casi triste,
mas de pronto mi mirada
percibe un joven vistiendo
uniforme de la guardia;
delante de nuestra verja
un breve instante se para.
¡Qué asombro!—Si ese es Leclef;
me dije yo,—no me engaña
la vista: es el buen Leclef,
el amigo y camarada

de nuestro hijo. Corro, salgo,
le pregunto y...

MARC. Bien, acaba.

BERN. Me responde—¿Qué, Gustavo,
aun no ha venido á tu casa?
Pues á fe que tiempo tuvo:
llegamos de madrugada.—

MARC. ¿Dónde está? ¿Por qué no viene? (Agitada.)
¡Dios mío! Si una desgracia...

CAM. (¡Qué feliz quien tiene padres!
¡Qué triste quien vive aislada!)

MARC. Desde París á esta quinta
no es tan grande la distancia
que no...

BERN. Calma tu impaciencia.
Él llegó bueno, y si tarda
no hay que extrañarlo, el servicio...
mil atenciones reclama,
y además que el nuevo grado...

MARC. ¿Un nuevo grado?

BERN. ¡Caramba,
que callar he prometido;
mas no pude! ¡Si en la cara
escrito debo llevar
la satisfacción del alma!

MARC. Explícate.

BERN. Picarona...
debes estar muy ufana
que tu hijo es ya...

MARC. ¿General?

BERN. No tan alta, no tan alta.
Recuerda que á Normandía
de alférez partió, insensata.

MARC. ¡Oh! teniente por lo menos.

BERN. (Con mucho orgullo.)
Una compañía manda.

MARC. (Con mucha alegría)
¡Capitán! ¡Virgen santísima!

BERN. ¡Mira, abrázame, sí, abraza! (Se abrazan.)

CAM. (Conmovida.)
(¡Quien no conoció á sus padres
no sabe lo que le falta!)

BERN. ¡Qué hijo tenemos, Marcela!

MARC. Hermoso, ¡hijo del alma!
BERN. Y bravo como un Roldán.
MARC. ¡Oh, gracias Dios mío, gracias!
(Con miedo.)
¡Pero, Bernardo, el terror...
esta época tan infausta...
Sí; cuando pienso en Gustavo
parece me le arrebatan.
BERN. ¿Qué ha de temer, cobardota,
quien sirve bien á su patria?
(Reparando en Camila que llora, y acercándose á ella con cariño.)
¿Por qué lloráis? ¿Os aflige
alguna nueva desgracia?
CAM. (Con mucha tristeza.)
¿Ser huérfana, no es bastante?
MARC. Tiene razón, ¡desdichada!
BERN. No, no lloréis, hija mía,
que un asilo en esta casa
hallaréis y dignos padres:
si es que vuestra confianza
merecemos.
CAM. ¿Qué pago
dar puedo á finezas tantas?
MARC. El amor, tierna Camila,
deudas de cariño salda.
Pero ven, y entre las dos,
preparemos una estancia
para tu hermano: desde hoy
eres de Gustavo hermana.
Vamos.
CAM. ¡Vamos, madre mía!
(¡Madre! ¡Qué dulce palabra!)

ESCENA V

BERNARDO y ENRIQUE por el fondo

BERN. ¡Cuando pienso que abrazarle
voy hoy mismo! Mas ya tarda.
¡Diablo de chico! ¿Por qué
no viene al punto á su casa?

¿Duda de nuestro cariño?
¡Quizá alguna linda cara!...
Eso será... ¿quién lo duda?
¡Oh, naturaleza ingrata!

ENR. (Taciturno.)
(¡Apartad tristes recuerdos,
que para tortura es harta
la del presente.)

BERN. ¡Hola, Enrique;
aún esa ceñuda cara!
Alégrate, que á mi lado
no quiero afligidas almas.
¿No gozas con mi ventura?

ENR. Un rayo de luz no basta
para disipar las sombras
de un calabozo.

BERN. ¡Caramba!
Olvida, Enrique, sí, olvida.

ENR. Cuando se estinga la llama
de mi existencia.

BERN. El pensar
con los recuerdos se agrava.

ENR. Yo ya no espero el alivio
de mis penas.

BERN. ¡Vaya, vaya!
El dolor, como la dicha,
cesa también; todo acaba.
(Conmovido y corriendo al fondo)
Mas esos pasos... ¡Dios mío!

ENR. ¿Qué te altera?

GUST. (Fuera) ¡Ah, de la casa!

BERN. ¡Eh, Gustavo, por aquí!

ESCENA VI

DICHOS y GUSTAVO por el fondo

GUST. ¡Padre mío! (Abrazando á Bernardo.)

BERN. ¡Hijo del alma!

ENR. (Con despecho y mirando á Gustavo y Bernardo abrazados. Pausa.)
En ese abrazo la dicha
se refleja; desgraciada

de la existencia que corre
sin emociones tan santas.

BERN. (Con pasión á su hijo.)
¡Qué buen mozo estás! Tu rostro,
cómo revela á las claras
el valor y la hidalguía
que tu honrado pecha guarda.

GUST. ¡Padre mío!

BERN. ¡Qué orgulloso
me tienes! ¿Qué dicha iguala
á la mía?

ENR. (Tendiendo la mano á Gustavo.)
Si á un amigo
recordais...

GUST. (Estrechando la mano de Enrique.)
¡Ah, camarada!

ENR. Mil plácemes recibid
por vuestro ascenso; sí.

GUST. Gracias. (A Bernardo.)
¿Y mi madre?

BERN. (En tono de dulce reconvención.)
Picarillo,
¡ay, por tí qué rato pasa!
Como sabe que llegaste,
Gustavo, esta madrugada,
está la pobre impaciente,
sin saber cuál es la causa
que...

GUST. (Con timidez.) Os comprendo, padre mío;
pero yo...

BERN. ¿Por qué te paras (Con asombro.)
así cortado?

GUST. Es que temo
me reprendais

BERN. Habla, habla.

GUST. (Con resolución)
Os han robado un pedazo
de mi corazón.

BERN. (Con amabilidad.) ¡Qué alhaja!

ENR. ¿Y quién, señor capitán?

GUST. Casi una niña.

BERN. Si es guapa,
te perdono. ¿Y has corrido

antes á ver á tu amada
que á estos viejos?

GUST. ¡Padre mío!

BERN. Digo, perdono tu falta.
Y, á propósito, te advierto
que desde anoche hay en casa
una sobrina de... (Vacilando.)

GUFT. (Con asombro.) ¿De quién?

BERN. De tu madre. (Vacilando.)

GUST. (Lo mismo.) Yo ignoraba...

BERN. Es lejano el parentesco,
mas al fin... (¡Qué mala maña
me dió Dios para mentir!)

ENR. No la he visto.

BERN. Está ocupada
arreglando el aposento
de... su primo. ¿Y qué, tu dama
estará muy orgullosa de?...

GUST. (Con mucha tristeza.)
¡Oh, presiento una desgracia!

BERN. ¡Una desgracia!

GUST. Sí, horrible.
He encontrado su morada
desierta. Pregunto y nadie
puede saber dónde para.
Sólo una mujer del barrio
se atreve á decir... ¡Qué infamia!
¡No lo creo!

ENR. ¿Y bien, qué?

GUST. Dijo
que está presa y procesada
por yo no sé qué calumnia.
¡Imposible, ella tan cándida
como la inocente alondra
que saluda la alborada!

BERN. Enrique puede enterarte;
la lista de sentenciadas
debe tener; parte forma
del tribunal...

ENR. Mi palabra
os empeño de serviros
en cuanto pueda.

GUST. Mil gracias.

ENR. Decid su nombre.
GUST. Camila.
ENR. (Con reconcentrado acento.)
¡¡Camila!!
BERN. (Primero con asombro, después conteniéndose.)
¡Ventura rara!
La que anoche hallé... (¡Dios mío,
iba á descubrirla!)
ENR. (Precipitadamente á Bernardo.)
Acaba.
¿Anoche dijiste?
GUST. (Con gran interés.) Padre,
¿decís?...
BERN. Yo no dije nada.
(Maldita fué mi imprudencia.)
ENR. (A Bernardo con encono.)
Tú ocultas aquí...
BERN. (Con seguridad.) Te engañas.
ENR. (Yo descubriré...)
BERN. (Sospecha.)
GUST. Me estais torturando el alma.
BERN. (A Gustavo.)
Hijo mío, tus zozobras
y las penas que te asaltan
alivio deben hallar
en el pecho de esa anciana
que te espera; ven.
GUST. (Vanse derecha.) Sí, vamos.
ENR. (Yo descubriré la trama.)

ESCENA VII

ENRIQUE

Aunque Bernardo se escuda,
vendiole traidor el labio:
niega, temiendo un agravio;
pero ella está aquí, sin duda.
«La que anoche hallé,» exclamó.
Todo el alma lo adivina...
Supuesta es esa sobrina;
no puede ser otra, no.

¡Camila dijeron, sí!
Mas si no fuera la misma...
¡Cuánto en locura se abisma
el alma en su frenesí!
¡Oh, amor! grata sensación
que la existencia respira,
¿por qué en mí sólo con ira
desgarras el corazón?
¿Por qué con atroz martirio
me otorgas, deidad cruenta,
cuando joven una afrenta,
y cuando viejo un delirio?
Hados, ¿por qué me tratais
tan mal en vuestros acuerdos,
que de los muertos recuerdos
nuevo afecto levantais,
que, en terrible confusión,
el pasado y el presente
locura dan á la mente
y tortura al corazón?
¿Qué batalla es esta ruda,
en que lucha mi deseo?
(Mirando con ansiedad por la puerta de la derecha.)
Pero, ¿es cierto?... ¡Sí, la veo!
¿Ella? ¿Camila, sin duda?
Bien presentía, sí á fe...
Su vista aumenta mis celos.
¡Si otra vez rechaza!... ¡Oh, cielos!...
Desde aquí la observaré.
(Vase precipitadamente al fondo, quedando al paño, como vacilando qué hacer.)

ESCENA VIII

CAMILA y ENRIQUE al paño

CAM. (Por la derecha, triste y pensativa.)
Por fin descanso; este hogar
calma ofrece bienhechora.
ENR. La impaciencia me devora;
¿qué dudo?
CAM. (Al cielo.) Dios, á gustar
hoy llego tu protección.

ENR. (Queriendo dirigirse á Camila y retrocediendo)
(¿Por qué tiemblo? ¿Qué vacilo?)
CAM. (Idem.)
¿Quién ofrece en este asilo
un puesto á mi corazón,
sino tu excelsa bondad?
ENR. (Me debo de decidir,
para tratar de rendir
esa firme voluntad.)
(Repitiendo el mismo juego escénico.)
CAM. Sólo espero en tu clemencia,
y si he llegado á perder
hasta la infeliz mujer
que cuidó de mi existencia,
tu ley respeto y alabo.
ENR. (Decidiéndose.)
Veremos si valor tiene
de rechazarme...
(Llega hasta cerca de Camila y se detiene.)
CAM. (Mirando por la puerta de la derecha.)
Gente viene.
ENR. (Corriendo á ocultarse á la puerta de la izquierda.)
¡Oh, fatalidad! (Con despecho.)
CAM. (Con gran asombro.) ¡Gustavo!
¿Estoy soñando ó despierta?

ESCENA IX

DICHOS y GUSTAVO por la derecha

GUST. (Deteniéndose asombrado.)
¡Camila aquí! ¿No deliro?
¿Cómo en mi aposento miro
la que yo lloraba muerta?
¿Eres sombra? ¿Eres ficción?
CAM. ¡Cómo á dudarlo se atreve!...
GUST. (Estrechándola en sus brazos.)
Deja, Camila, que pruebe
si aún late tu corazón;
porque te juro, en verdad,
que al mirarte en mi aposento,
creación del pensamiento
pareces, no realidad.

CAM. (Con ternura.)
¡Gustavo!
GUST. (Con mucha pasión.)
Prueba que loca
no está el alma.
CAM. (Idem) ¡Yo deliro!
GUST. Con el ardiente suspiro
que se escapa de tu boca.
CAM. ¡Dulce y grata sensación!
GUST. ¡Aun vives!
ENR. (¡La ira me ofusca!)
GUST. Por fin halla lo que busca
angustiado el corazón.
CAM. ¡Qué inmenso placer!
GUST. ¡Ah, sí!
¿Cómo te encuentro?
ENR. (Con rabia.) (¡Hado impío!)
GUST. Mas, ¿qué me importa, Dios mío,
sabiendo que estás aquí?
CAM. Crudamente perseguida,
por inicuos calumniada,
por un falsario acusada
y amenazada mi vida,
de la desdicha iba en pos,
sin más guía ni camino
que el azar de mi destino,
que mi confianza en Dios.
Y en deshecha tempestad
vagaba con rumbo incierto,
cuando halló seguro puerto
mi desvalida orfandad
en esta casa.
GUST. En rigor,
yo ya no puedo dudar;
que Dios te mandó á premiar
la constancia de mi amor;
y pues él mismo te guía
á mis brazos, á Dios juro
hallarás puerto seguro
en ellos, Camila mía.
ENR. (Yo lograré aniquilarte.)
GUST. ¿No ha de ser muralla fuerte
á quien pretenda ofenderte,

quien nació para adorarte?
Tranquila vive.

CAM. ¡Ay de mí
Loca me torna el contento:
¡respirar tu mismo aliento!
¡vivir siempre juntos!

GUST. Sí.

ENR. (Si me ayuda Satanás,
yo lo impediré.)

CAM. ¡Oh, placer!

GUST. ¡Siempre unidos!

ENR. (¡Ah! ¿Qué hacer?)

CAM. Si nos separan...

GUST. (Con valentía.) ¡Jamás!

CAM. Una hermana cariñosa...

GUST. (Con reproche.)
¡Ese afecto, entre los dos!

CAM. ¿Qué otro?

GUST. Delante de Dios,
Camila, serás mi esposa.
(Llevándola por la mano.)
¡Corre por la bendición
de esos ancianos! ¡Ven, ven,
que no han de negarme el bien
que anhela mi corazón!

CAM. ¡Cielos! ¿Qué nuevo favor
me otorga vuestra clemencia?

GUST. ¡Oh, que dulce es la existencia
si la embelleces, amor!
(Vase por la derecha llevando á Camila por la mano.)

ESCENA X

ENRIQUE

Id en pos de la ventura
que os brinda paz y calma.
¿Qué importa se anegue un alma
en torrentes de amargura?
¿Qué tormento, qué tortura
quien sufre en celos no alcanza?
¡Ah! matásteis mi esperanza.

(Extendiendo la mano con gesto amenazador por donde desaparecieron los anteriores.)

Pronto sabréis en rigor,
si resistir puede amor
las iras de una venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

MARCELA y CAMILA

CAM. Tanta dicha temo oculte,
madre mía, algún pesar.
MARC. Desecha todo temor,
y pues más tranquila estás,
goza del bien que te otorga
la Providencia.
CAM. Mi mal,
hasta ahora tan grande ha sido,
que, como un sueño fugaz,
como mentida ventura,
juzgo hoy tanto bien.
MARC. No tal.
Lo que sucede, Camila,
no es nada extraño, es verdad,
sino justa consecuencia
de una ley universal:
has padecido, ¿no es cierto?
tu vida ha sido un penar
continuado, una amargura:
tiempo es que descanses ya,
pues Dios nos manda la calma
después de la tempestad.
CAM. ¡Ay, tanto bien, madre mía,
sin querer, miedo me da!

Ver que ayer abandonada,
vivía en triste orfandad,
sin otra esperanza, madre,
que el amor de un oficial
¡tan honrado, tan valiente
y tan noble!...

MARC. Basta ya.
¿Le quieres mucho?

CAM. (Animándose gradualmente.)
Le quiero
con amor tan sin rival,
que no aman las bellas flores
tanto á la luz que las da
su color... ¡Oh, ni las aves
al aura fresca y fugaz,
que presta apoyo á sus alas
para el espacio cruzar.
*Viviendo sin afecciones, (1)
*en continua soledad,
*sin familia que me quiera,
*sin padres á quien amar,
*mi existencia era un desierto;
*sentía la vaguedad
*en lo profundo del alma,
*que debe experimentar
*el náufrago allá perdido
*en la gran inmensidad
*de los mares: ya sin rumbo,
*vogando solo al azar,
*ve sobre su frente el cielo,
*bajo su barquilla, el mar;
*rema, rema, madre mía,
*¿pero á dónde? Siempre igual
*el horizonte se muestra;
*ni un punto donde mirar,
*ni una silueta que corte
*tan monótona igualdad,
*y, cansado y abatido,
*deja entonces de remar,
*y se entrega al desaliento

(1) Los versos señalados con asterisco se suprimieron en la representación.

*diciendo: «no puedo más»
«lléveme doquiera el hado,
ó venga la muerte ya.»

MARC. Sí, que es triste la existencia
que describes.

CAM. Pero... ¡ah!
*si después de obscura noche,
*percibe á la claridad
*de la aurora, negra línea
*que se mira destacar
*en el lejano horizonte,
*y que revelando está
*la ansiada tierra, ¿qué gozo,
*qué inmensa felicidad,
*aquel pobre abandonado
*no llega á experimentar?

MARC. *¡Oh, me enternece, hija mía,
*lo que relatando vas!

CAM. *Fiel imagen de mi vida
*esa imagen era; mas
*he aquí que Gustavo,
*cual bella aurora, á alumbrar
*vino mi triste existencia,
*y en su amor puro, leal,
*vi la patria, la familia,
*los amigos, el hogar;
*quien gozára con mi dicha,
*llorara mi adversidad,
*sostuviera mi flaqueza
*me desviara del mal,
*enseñándome que el alma
*es un cielo, do brillar
*deben, cual astros hermosos,
*el honor, la lealtad,
*la nobleza, la justicia,
*el amor, la caridad.
Deciros cuánto le adoro,
¡ay! yo no puedo expresar.

MARC. Pronto, hija mía, la dicha
que anhelas, por fin, verás.

ESCENA II

DICHAS y BERNARDO por el foro

BERN. ¡Hola, Marcela! Camila,
ya tenemos otra faz.
(A Marcela.)
¿Y Gustavo?
MARC. Muy temprano
salió un asunto á evacuar
del servicio.
BERN. (A Camila con mimo.)
¡Picarilla,
qué satisfecha estarás
cuando te veas esposa
de un gallardo militar!
CAM. No merezco tanta dicha.
BERN. ¡No te la mereces, bah!
Pero, dime, con franqueza,
¿no tienes celos?
CAM. No, tal.
Quien ama sin confianza,
no sabe lo que es amar.
BERN. (A Camila.)
¡Un muchacho tan buen mozo,
tan noble, arrogante y tan!..
MARC. Bernardo, Bernardo, mira
que chocheas.
BERN. La verdad,
en hablando de nuestro hijo
el tino pierdo, y quizás
digo lo que no conviene.
MARC. ¿Qué se habla por la ciudad?
CAM. (Con miedo.)
¿Siguen las ejecuciones?
BERN. Con más furia, y seguirán.
CAM. (Con terror.)
(¡Dios mío!)
BERN. (Con misterio.) También se dice
que el diputado de Arrás...
MARC. ¿Robespierres?
BERN. Ese mismo.

En grave peligro está:
se preparan á acusarle
en la Asamblea.

MARC. (Con fuerza.) El refrán
dice, que el que á hierro mata,
con el hierro morirá.

BERN. (Con terror.)
¡Chist; más bajo, que es locura
*y necia temeridad
*hablar tan alto, Marcela!

CAM. *¡No se puede respirar!

BERN. *Pues respira un poco fuerte,
*hija, y á contarlo vas
*á Carlos Sansón, verdugo,
*con toda fraternidad.
*Pero, en fin, no muy lejano,
*Marcela, un día vendrá
*de la clemencia.

CAM. (Con alegría.) ¡Dios mío!

MARC. ¿Y el otro asunto, cuál va?

BERN. (Con mucho misterio.)
Gustoso el padre Clemente...

MARC. ¡Oh, qué alegría me das!

BERN. Mucha prudencia suplica. (Con mucho misterio.)
Como no quiso jurar,
vive proscripto y oculto,
temiendo...

MARC. Sí, es natural.

BERN. Pero se presta gustoso
su bendición á otorgar:
aunque un grave riesgo corra
por nosotros, él vendrá.

CAM. (¡Por mí, Dios mío!)

BERN. Marcela,
¿prepararéis el altar?

MARC. Sí, sí, Bernardo, en seguida.
Ven, Camila.

CAM. Vamos.
(Camila y Marcela hacen medio mutis á la izquierda.)

BERN. ¡Ah!
Ocultadle bien; prudencia.

MARC. Pierde cuidado. (Vanse izquierda.)

BERN. Id en paz.

ESCENA III

BERNARDO y luego GUSTAVO por el fondo

BERN. Peligrosilla es la intriga;
la vida arriesgo, colijo;
pero, en fin, lo quiere mi hijo,
pues adelante, que siga,
aunque me cause temor;
quizás sea una locura;
pero, ¿quién busca cordura
en donde impera el amor?

GUST. (Por el fondo.)
¡¡Padre!!

BERN. Bien; ¿ya estás aquí?
¿Vienes de tu regimiento?
(Gustavo hace seña afirmativa)
Parece estás descontento.
¿Traes algún pesar?

GUST. Sí.

BERN. ¿Sí?
¿Y qué pesar te atormenta?

GUST. (Con disgusto.)
¿Quién puede mirar sereno
ese enrojecido cieno
que por doquiera se ostenta?

BERN. ¿Te inspira horror?

GUST. Repugnancia.

BERN. Es necesario el terror.

GUST. Para empañar el honor
de mi noble patria, ¡oh, Francia!
¿quién los derechos humanos
alardea proclamar,
viendo á torrentes brotar
la sangre de sus hermanos?

BERN. (Con miedo y conteniéndole.)
Ve, hijo mío, que así hieres
á tu patria.

GUST. (Exaltado.) ¡¡Qué mancilla!!
¡Enrojecer la cuchilla
con ancianos y mujeres!

BERN. La sangre no causa horror
á un valiente militar.
GUST. ¿Quién ver puede ejecutar
á esos seres sin valor?
Vea un campo de batalla, (Exaltándose.)
do corra sangre á torrentes,
abiertos por las corrientes
del plomo y de la metralla.
Que perciba los fulgores
de la encarnizada lucha,
sabréis como el alma escucha
sus ecos atronadores.
Allí, do el grito de guerra
hace estremecer al suelo,
el humo cubriendo el cielo,
sangrienta charca la tierra.
Sereno me podeis ver,
alegre, animado, fuerte,
mirar al ángel de muerte
tender sus alas doquier.
Que á los ecos del cañón,
desplegada mi bandera,
lánzome en aquella hoguera
de fuego y desolación.
Que muera allí, no te asombres;
sangre que el plomo derrama
la va cogiendo la fama
para escribir nuestros nombres.
Caer en la lucha, es gloria,
pues quien muere en la refriega
sabe que su sangre riega
el laurel de la victoria.
Pero, matar como aquí,
á sangre fría, es baldón.
BERN. (Abrazándole.)
¡Hijo de mi corazón,
qué orgulloso estoy de tí!
GUST. Bien, padre mío; ¿mas vos
habeis podido encontrar?...
BERN. Pronto, ante ignorado altar
debeis uniros los dos.
GUST. Tanta dicha al corazón,
padre, le torna impaciente.

BERN. El ex-regular Clemente
os dará su bendición.
¿No es tu deseo, hijo mío?
GUST. Sí, que ser republicano
no ha de impedir ser cristiano
al que no ha nacido impío.
BERN. (Mirando por la izquierda.)
Camila se acerca, en paz
quedaos, hijos, los dos.
GUST. ¿Vos os retirais?
BERN. Sí; adiós;
amor quiere soledad,
no le agrada compañía.
GUST. Adiós, pues.
BERN. Quedad en calma. (Vase fondo.)

ESCENA IV

GUSTAVO y CAMILA por la izquierda

CAM. (¡Cuánto el placer turba el alma!)
¡Gustavo!
GUST. (Adelantándose á estrechar en sus brazos á Camila.)
¡Camila mía!
CAM. (Al cielo.)
¡Oh, Dios! Tu piedad alabo. (A Gustavo.)
Ya estás aquí, ¡qué placer!
pues he llegado á temer
que no volvieras, Gustavo.
GUST. Torna á tu calma y tranquila
desecha todo temor,
que hoy te proteje el amor
de tu Gustavo, Camila. (Con apasionado acento.)
¿No percibes la emoción
de esa dulce sensación
con que el amor nos convida?
¿No siente una nueva vida
al latir tu corazón?
¿No me amas?
CAM. ¡Triste de mí!
¿Y me lo preguntas?
GUST. Sí
¿No me llegaste á olvidar?

CAM. (Señalando al corazón.)
Siempre has tenido un altar
para tu recuerdo aquí.
GUST. Ventura tan sin igual,
¡oh, no conoce rival!
CAM. ¡Qué plácida y dulce fuera
si el corazón no temiera
las influencias de un mal!
GUST. ¡De un mal! Tímida gacela,
cuando te sientes dichosa,
¿qué tu espíritu recela?
¿Por qué, en tu alma generosa,
tanta inquietud se revela?
Una amorosa quimera
todo en el mundo es, Camila;
desde la fuente parlera,
que va regando tranquila
las flores de la pradera,
murmurando su ventura,
á la cántiga de amor,
con que exhala su ternura,
del follaje en la espesura
el amante ruiseñor.
¿La selva con sus rumores,
no es un poema de amores,
donde el céfiro presume,
mezclando el vario perfume
de árboles, matas y flores?
¿Qué, no es sonrisa de amor,
con su límpido color,
ese cielo transparente,
al través del cual presiente
el hombre á su Creador?
Cese, pues, tu triste anhelo,
que grata hallarás consuelo
en los brazos del amor,
cual la fuente y ruiseñor,
como la selva y el cielo.
CAM. ¡Qué loca forja tu mente
esas quimeras que fraguas!
que á la cristalina fuente
suele enturbiar el torrente
con sus cenagosas aguas.

Si en trinos canta su anhelo
el amante ruiseñor,
puede, cortando su vuelo,
el plomo del cazador
tenderle yerto en el suelo.
De exhalación destructora,
á la selva que atesora
de las plantas el perfume,
en breve tiempo consume
la llama devoradora.
De ese horizonte sereno,
cual las alas de un querube,
corre el dilatado seno,
cuando le empaña la nube,
el eco del ronco trueno.
Dolor y placer igual,
sí, esa es la ley natural;
deja, pues, tema mi anhelo,
por fuente, ave, selva y cielo,
la cruda furia del mal.
Que si palpitante el seno,
la vida encuentra en tu amor,
teme, de zozobras lleno
al torrente, al cazador,
á la exhalación y al trueno.

ESCENA V

DICHOS, y MARCELA por la izquierda

MARC. Así me gusta, hijos míos.
GUST. ¡Madre mía!
MARC. Perdonad,
si vengo á turbar la dicha
que disfrutábais.
CAM. ¡Vos turbar!...
GUST. ¡Si vuestra presencia, madre,
la hace mayor!
MARC. Bien está.
Mas vengo á deciros, hijos,
que ahora acaba de llegar

ese anciano sacerdote
á quien esperábais.

CAM. (Con tímida alegría.) ¡Ah!

MARC. Las bendiciones del cielo
él solo os puede otorgar,
*y pues dispuesto está todo,
*Camila, permitirás
*coloque sobre tus sienes
*yo la corona de azahar
*de desposada.

CAM. (Conmovida.) (Dios mío,
por tu infinita bondad,
recibe las alabanzas
que mi corazón te da.)

MARC. Tú, Gustavo, al pie del ara
tu prometida á esperar
vé tranquilo.
(Vase llevando por la mano á Camila por la derecha.)

GUST. ¡Madre mía,
qué inmensa felicidad! (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

ENRIQUE por el fondo derecha, y luego BERNARDO por el fondo izquierda

ENR. (Profundamente pensativo.)
¿Por qué tiemblo? ¡Qué ansiedad!
¿Debo usar tanto rigor?
No... Sí, aunque sea traidor
de Bernardo á la amistad.
(Vacilando.)
Mas la conciencia... esta acción...
¿Quién á la conciencia escucha
cuando en tan horrible lucha
¡ay! batalla el corazón?
(Dirigiéndose á Bernardo que entra por el fondo.)
¡Ah, Bernardo!

BERN. (Con sorpresa.) ¡Enrique!

ENR. (Atrayendo hacia sí á Bernardo con una mano, mientras que con la otra le hace seña de que calle.)
Calla.

BERN. Mi incertidumbre despiertas.

ENR. (Mirando con desconfianza á todas partes.)
¿No hay nadie tras esas puertas?
BERN. Te aseguro que no se halla
nadie que pueda escuchar.
¿Pero á qué tanto misterio?
ENR. Es hoy, Bernardo, muy serio
lo que tenemos que hablar.
(Mirándole fijamente.)
Mírame bien, faz á faz;
no bajes la vista.
BERN. (Turbado.) Pero...
ENR. (Interrumpiéndole.)
¿Eres amante sincero
cual yo de la libertad?
BERN. (Con turbación.)
Hombre... sí...
ENR. (Con desconfianza.) ¿Me engañarás?
¿Amas la revolución?
BERN. Con todo mi corazón. (Vacilante.)
ENR. (Con seguridad.)
Mientes, Bernardo.
BERN. (Con altivez.) Jamás
he mentido.
ENR. ¡Pues ahora!...
BERN. ¿Quién á tanto se propasa?...
ENR. Asilo das en tu casa
desde ayer á una traidora.
BERN. ¿A una traidora yo?
ENR. Sí.
BERN. (¡Oh, desdichada mujer!)
ENR. Sentenciada desde ayer,
y que tú ocultas aquí. (Dándole una nota.)
Toma; examina esa nota.
BERN. (Con temor, y devolviéndole á Enrique la nota.)
¡Oh, Dios! ¡La orden de prisión!
ENR. (Con mucha severidad.)
¿Ama la revolución?
¿Puede ser buen patriota?
BERN. Te juro...
ENR. Por Belcebú,
calla y no jures en falso.
¿No estás robando al cadalso
una víctima?

BERN. (Con miedo.) ¿Quién?...
ENR. Tú.
Todo, Bernardo, lo sé.
BERN. Entonces...
ENR. Pobre de tí,
si ocultarla quieres.
BERN. Dí:
¿qué harás?
ENR. Te delataré.
BERN. ¡Traidor!
ENR. ¿Yo?
BERN. Sí, á la amistad,
y á la gratitud, artero.
ENR. El deber es lo primero.
BERN. (Con ironía.)
¿El deber?... La crueldad. (Con seguridad.)
(¡Oh, cielos! ¿qué debo hacer?)
Tú no tienes corazón.
ENR. Sí; escucha: en la Convención
fué acusada esa mujer;
mas si yo pudiera hablarla,
y ella con juicio me atiende,
del lazo que se la tiende
quizás lograra salvarla.
BERN. (Con desconfianza.)
¿Tú, Enrique, tú?
ENR. Te lo juro.
BERN. Ella aquí viene. (Mirando á la derecha.)
ENR. (Señalando á la izquierda.)
Allí espera.
(¡Oh, si otra vez altanera
hiere en mi amor!... la aseguro...
¡Mas la lucha vence al cabo
la influencia de una estrella!)
BERN. (Que se habrá dirigido lentamente y como dudando á la puerta de la izquierda, dice desde ésta, los dos siguientes versos.)
(No estaré muy lejos de ella;
voy á avisar á Gustavo.) (Vase izquierda.)

ESCENA VII

ENRIQUE y CAMILA por la derecha.

CAM. Ya, Gustavo, en el altar
estará esperando, ¡oh! sí.
(Al dar unos cuantos pasos percibe á Enrique que la observa fijamente y retrocede asustada.)
¡Virgen pía!... ¡ese hombre! ¡aquí!...
no puede ser, no; forjar
su imagen debe mi mente.
(Con terror á Enrique.)
¿Eres sombra ó realidad
que lanza fatalidad
sobre mi dicha presente?
¿Qué quieres? ¿Qué frenesí?
¿Qué impío hado? ¿Qué destino
te ha lanzado en mi camino
triste y mísera de mí?
¿Quién eres?

ENR. (Avanzando.) Tu juez.

CAM. (Retrocediendo.) ¡Horror!

ENR. (Con despecho.)
¿Mi presencia te intimida?

CAM. Sí, pues vienes por mi vida.

ENR. (Con pasión.)
No, Camila, por tu amor.

CAM. (Con terror.)
¡Por mi amor!

ENR. (¡Qué horrible lucha!)

CAM. Mi vida cortar podrás...

ENR. Tu amor la salva.

CAM. ¡Jamás!
(Quiere marchar por la puerta de la izquierda; Enrique la corta el paso entre suplicante y amenazador.)

ENR. ¡Por piedad! Escucha, escucha.
Cuán desdichado nací
quiero llegues á saber.
(Camila escucha con resignación.)
Joven maltratado fuí
por amar á una mujer
que se parecía á tí.

*Feliz hacía mi vida
*la fragancia desprendida
*de aquel hermoso capullo,
*que me arrebató el orgullo
*de una nobleza ofendida
*en su preclaro blasón.
*Mas después de aquel baldón
*¿qué he sido yo? Un desdichado
*que por el mundo ha vagado
*sin alma ni corazón.
*Pero ¡ah! Cual rosa agostada
*por el calor del estío,
*bebe mi alma lacerada
*nueva vida en tu mirada,
*como aquella en el rocío.
Como triste marinero
voy surcando con anhelo
todo el mar de la existencia,
sin un guía en la conciencia,
sin ver un astro en el cielo.
¿Y cuando el alma intranquila,
en la luz de tu pupila
mora un faro salvador,
vas á aumentar mi dolor
rechazándome, Camila?
*Estrella errante y perdida
*que en el éter de la vida
*á una órbita no sujeta,
*busca en su veloz huida
*la atracción de otro planeta,
*si en ese dulce mirar
*su atracción halla consuelo,
*¿por qué quieres rechazar
*para aumentar su pesar
*al que en tí encuentra su cielo?
*Dime, pues, ¿esta pasión
*que abrasa mi corazón,
*¿qué de tí puede esperar?
¿Qué afecto llega á inspirar,
Camila, en tí?

CAM. Compasión.

ENR. (Exaltado.)
¡Compasión para mi afán!

Oye, infeliz: el volcán,
ni con sus lavas ardientes,
que en abrasadas corrientes
todo destruyendo van,
no se iguala al frenesí
que mi espíritu aniquila;
¡pobre y mísera de tí
si aun menosprecias, Camila,
el amor que late aquí. (Al corazón.)
*Si loca, en insensatez
*aun me rechazas, tal vez
*á otro más feliz constante,
*en mí callará el amante
*para interpelarte el juez.

CAM. (Con resolución y firmeza.)
Pues ya me puedes juzgar
que á otro amor no he de faltar
por tan loco frenesí,
que lo que Dios grabó aquí (En el corazón.)
yo no lo puedo borrar.

ENR. *¿Con ciega fatalidad (Con furor.)
*qué osas decir?

CAM. La verdad, (Serena y enérgica.)
que por miedo á tus agravios
no han de mancharse mis labios
diciendo una falsedad.

ENR. (Con furor creciente.)
¿Confiesas en mi presencia
ese amor?

CAM. Sí, es mi delirio;
él alienta mi existencia.

ENR. Ese amor es la sentencia
que te condena al martirio.
(Apoderándose de una mano de Camila y queriendo conducirla hacia el fondo.)
Salgamos de aquí.

CAM. (Resistiendo.) ¡Jamás!

ENR. (Haciendo esfuerzos por llevarla tras de sí.)
¡Ah, sí, sí, me seguirás!

CAM. ¡Aparta, aparta, hombre impío!

ENR. ¡Sin tí, no, nunca!

CAM. (Resistiendo.) ¡Dios mío!
¡Socorro! ¡Gustavo!

ESCENA VIII

DICHOS y GUSTAVO por la izquierda

GUST. (Cerrándoles el paso con rapidez.)
Atrás.
(Con ciega indignación.)
¿Con qué derecho, Enrique, así abusando
de la amistad que un día os otorgara
esta honrada mansión, vais arrastrando
á esa niña infeliz?
CAM. (¡Oh, Dios me ampara!)
GUST. ¿Qué pretende alevoso? ¿Qué nefando?
¡Dímelo, por el cielo, cara á cara,
ó entre mis fuertes y robustos brazos
tu inerte corazón haré pedazos!
¿Quién eres, dí?
ENR. Su juez.
GUST. ¡Vana quimera!
CAM. (A Gustavo.)
Mi eterno asediador.
GUST. ¡Ah, ya comprendo!
ENR. De la patria la voz habla é impera
y ella manda prender.
GUST. ¡Sarcasmo horrendo!
ENR. Honrando, cual leal, hoy tu bandera
y tu deber, como oficial cumpliendo,
á esa traidora vuelve á su condena;
préndela, sí, la patria te lo ordena.
GUST. ¡La patria! Nombre santo á quien se debe
por donde quiera honrar, ¿quién audaz llega,
haciendo escarnio de ese nombre, aleve
una infamia á escudar?
ENR. El que reniega
en brazos de su amor; el que se atreve
á humillarla, tal vez; el que la niega
su apoyo y protección, y el que desquicia
la inexorable ley de su justicia.
Tú el traidor eres.
CAM. ¡Por piedad, Gustavo!

GUST. Tú el falso juez que, sin honor, pretende
la inocencia oprimir.
ENR. (Con furor.) Detente.
GUST. A cabo
lleva tu iniquidad.
ENR. Si así me ofende..
GUST. Que no se humilla ante la muerte el bravo,
y, si morir debemos, oye, entiende;
cumpliremos los dos nuestros destinos
muriendo cual los nobles girondinos.
CAM. Si arrojada á tus piés...
ENR. (¡Qué escucho!)
GUST. (Amenazador.) (¡Cielos!)
CAM. Mi vida te pidiera; si humillada
por mi triste penar, por mis anhelos,
cubierta por el llanto mi mirada,
en tu piedad buscara mis consuelos,
¿qué dijeras, Enrique, á una cuitada?
¿qué á su triste penar la respondieras?
ENR. O tu vida ó tu amor.
CAM. (¡Desdicha fiera!)
GUST. (Con frenesí.)
¡Su amor osaste codiciar! ¡Malvado!
¡Fijaste en ella el pensamiento impuro!
Esa osadía vil te ha sentenciado;
*tu corazón empedernido, duro,
*digno templo de esa alma...
ENR. ¡Desdichado!
GUST. No ha de embotar mi acero, te lo juro.
ENR. ¿Para impedir quién eres, violento,
la pueda dedicar mi pensamiento?
GUST. Soy quien goza en la luz de su mirada
con loco frenesí.
CAM. (A Gustavo.) ¡Cuánto te adoro!
GUST. Soy quien su imagen lleva aquí grabada.
ENR. (¡Oh, rabia! ¿Y le escuché?)
CAM. De gozo lloro.
GUST. Un alma de su ser enamorada,
quien firme ha de impedir llegue á su aliento
otro hombre más que yo, ni en pensamien to.
Quien celos tiene de la misma aurora,
cuando absorben los ojos de Camila
la parda lumbre que los campos dora;

quien envidia á arrebol cuando rutila
el rayo de su luz deslumbradora
sobre esa pura y celestial pupila;
quien tanto amor su corazón destella,
¿cómo no ha de impedir pienses en ella?

ENR. Yo también soy quien con poder bastante
puede cortar vuestra pasión tan loca.
Siendo su juez, me declaré su amante;
más si otra vez desprecio me provoca;
(Con ironía. A Gustavo.)
siga amándote fiel, siempre constante,
pues oye tu sentencia de mi boca:
en manos de la parca hecha pedazos,
á Camila veras, mas no en tus brazos.

GUST. (Arrebatado y fuera de sí.)
¡Cielos, qué osé escuchar! No, no; primero...
(Se dirige á la panoplia que contiene las armas y toma una espada.)

CAM. (Interponiéndose.)
¿Qué vas á hacer?

GUST. (A Camila.) ¡Aparta!

ENR. (Con desprecio.) Necio alarde.

GUST. (Alargando á Enrique la espada que ha cogido de la panoplia.)
Toma, Enrique.

CAM. (Siempre interponiéndose entre ambos.)
¡Ay, de mí!

GUST. Toma ese acero.

ENR. Yo no debo luchar.

GUST. ¡Vil y cobarde!

ENR. (Lleno de furor y cogiendo con rapidez la espada por delante de Camila, la que permanece como aterrorizada.)
¡Cobarde!

CAM. (Juntando las manos.)
¡Por piedad!

GUST. (Desenvainando su espada y marchando contra Enrique.)
¿Qué es lo que espero?

ENR. (Si no han hecho traición llegarán tarde.)

GUST. (Poniéndose en guardia.)
Defiende el corazón con brazo duro,
que á él recto irá mi acero, te lo juro.

ESCENA IX

DICHOS y BERNARDO por la izquierda

BERN. (Interponiéndose. A Gustavo y á Enrique.)
¡Reprime tu furor! Ingrato Enrique,
¿así pagas la deuda de mi afecto?
¿No te basta vendernos? ¿No te basta
lanzar airado al vengativo pueblo
contra aquesa infeliz, que osado llegas
con Gustavo á cruzar iras y acero?
ENR. No aumentes la tormenta que aquí ruge;
no avives los dolores de mi pecho,
ó ya perdida la razón, la calma,
todo elevado y digno sentimiento,
peor que Satanás seré, lo juro;
mil veces más cruel que el mismo infierno.
GUST. Dejad, padre, dejad corte mi espada
de su maldad el hilo.
BERN. ¡Nunca!
CAM. (Suplicante.) (¡Cielos!)
ENR. Carga pesada para mí es la vida,
mucho tiempo hace ya que la desprecio
pues sólo la alentaba una esperanza,
que, rota y marchitada, cayó al suelo.
Pero de mi dolor, de la amargura
que á torrentes me dió mi sino adverso,
las heces apurar debeis conmigo.
Yo anegaré con ellas vuestro afecto;
tú, Camila, desprecias al que loco,
delirante, te amó; yo te prometo
mirar sereno la fatal cuchilla
que cual de una alba flor siegue tu cuello.
GUST. ¿Qué osas decir?
BERN. ¡Enrique!
CAM. ¡Dios piadoso!
GUST. ¡Cuál la razón se ofusca en tu cerebro!
¿No ves que entre Camila y tu venganza
se alza, cual muro fuerte, un noble pecho?
¿No ves que su existencia es mi existencia;
que yo tomo la vida de su aliento;
que yo veo en la luz de su mirada;

que yo no aspiro á otro piadoso cielo
que al que ella lleva en sus azules ojos,
en su dulce mirar, tierno y sereno?
*Ven á atentar contra la dicha mía;
*llega en buena hora con tu plan horrendo;
*destruye nuestra forma y la materia,
*desenvuelta otra vez en elementos,
*dejará libre el soplo misterioso
*qué alienta el sér con su divino fuego,
*y éste, volando en el etéreo espacio,
*rielando la luz de sus afectos,
*dirá al hombre creyente: «Observa y mira
*cómo vive inmortal el sentimiento.»

CAM. Mi espíritu, al terror aniquilado,
nueva vida recobra en tus acentos.
Ya no temo al rencor que me persigue,
¡más que nunca, ahora, Enrique, te detesto!

ENR. ¿Y lo escucho?

BERN. (Aplacando.) ¡Por Dios, calma, Gustavo;
provocais su venganza! ¡Dios eterno!

CAM. ¿Qué me importa se vengue, padre mío?
¿qué su rencor? ¿qué su odio, si aquí siento
una llama inmortal, á cuyos haces
las sombras de mis penas se abatieron?

BERN. Aun os podéis salvar...
(Se oye un rumor por el fondo.)

ENR. Ya no, Bernardo.
Escucha ese rumor: ese es el pueblo.

BERN. (Con amarga ironía.)
¿Conducido por tí?

ENR. Por mí *oficioso*,
á quien marcado le dejé ya el tiempo
que había de esperar; ha transcurrido
y cumple su deber.

GUST. (Queriendo acometer á Enrique.)
¡Muere, protervo!

BERN. (Conteniendo á Gustavo.)
¡Calma, por Dios! ¡Enrique, escucha, escucha!
(Camila y Gustavo se dirigen al fondo, donde permanecen, al parecer observando la parte exterior.)

CAM. ¡Sálvate tú!

GUST. ¡Jamás!

CAM. ¡Oh, qué momentos!

BERN. (Conduciendo á Enrique al proscenio y con profunda emoción. Señalando la puerta de la izquierda.)
Recuerda aquel albergue hace veinte años.
En él se cobijaba un pobre enfermo,
batallando su vida en agonía,
malherido en el alma y en el cuerpo;
y un tierno niño, con incierto paso,
entraba á colocarse al pie del lecho,
ora ya entre las sombras de la noche,
ó cuando el sol se alzaba al firmamento.
Su voz angelical le preguntaba:
«Estás mejor, Enrique?»

ENR. (Conmovido.) (¡Qué recuerdo!)

GUST. (Con desesperación. A Camila.)
La verja asaltan ya. ¡Ven á mis brazos!

CAM. (Arrojándose en brazos de Gustavo.)
¡Si he de morir, Señor, que muera en ellos!

BERN. (A Enrique.)
¿No recuerdas su frente más serena
que el transparente azul del firmamento;
su negra cabellera, su sonrisa,
cuando tú le alentabas en sus juegos,
y él, blandiendo una caña, repetía:
«Honrados ciudadanos: ¡Viva el pueblo!»

CAM. ¡Ya se acercan, oh, Dios!

GUST. ¡Valor, Camila!

BERN. Hoy, Enrique, contempla aquel mancebo:
(Señalando á Gustavo.)
fué valiente y leal, y su bandera
con gloria por doquier llevó sereno.
¿Y vas á conducirle tú al cadalso?
¡Tú! ¡Enrique, tú!...

ENR. Salvarle te prometo.

ESCENA X

DICHOS, UN OFICIAL, GENDARMES y pueblo por el fondo. Los gendarmes y el pueblo permanecen al paño; el Oficial á su frente. Gustavo con Camila estrechada contra su pecho con el brazo izquierdo, mientras con la derecha sostiene la espada desnuda, ocupan el centro, Bernardo á un lado de la escena y cerca del grupo anterior; Enrique en el término opuesto

OFIC. Adelante gendarmes, adelante,
aquí está la traidora.
GUST. ¡Atrás!
CAM. (Abrazándose á Gustavo.) ¡Oh, cielos!
BERN. (A Gustavo.)
¿Vas á perderte así? (Va hacia él.)
GUST. Dejadme, padre.
ENR. (A Gustavo.)
¿Qué intentas, insensato?
OFIC. ¿Qué estoy viendo?
¡Un capitán que osado se resiste
contra la ley!
CAM. ¡Por Dios!
GUST. ¡Infierno!
ENR. (Al pueblo, señalando á Gustavo.)
Demente está, le excita la locura;
ese pobre oficial no está en su acuerdo.
OFIC. (A Gustavo.)
Entrega esa mujer.
GUST. ¡Jamás, cobarde!
CAM. Gustavo, por piedad.
BERN. (A Gustavo.) Cede en tu empeño.
CAM. (Tratando de desasirse de Gustavo.)
Voy á perderte.
GUST. No.
CAM. Sí.
GUST. ¿Qué me importa?
Mi vida sin la tuya es un desierto;
déjame así, Camila, que sucumba,
y el morir por tu amor será mi premio.
OFIC. (A los gendarmes.)
Su presa arrebatad á ese demente.

GUST. (Al ver aproximarse los gendarmes.)
¡Ira de Dios, atrás!
BERN. (Suplicante.) ¡Oh, Ser Supremo!
CAM. (Separándose con rapidez de Gustavo y colocándose entre los gendarmes.)
Yo me entrego á la ley.
OFIC. Prendedla al punto.
GUST. (Increpando, fuera de sí, al pueblo.)
¡Sangrienta grey, patrulla de perversos,
sicarios de bastardas ambiciones,
deshonra sois de nuestro patrio suelo;
lobos sedientos de inocente sangre,
escarnio ya del mundo, os aborrezco!
VOCES ¡Traición, traición, prendedle!
ENR. (Adelantándose.) ¡No!
CAM. ¡Dios mío!
GUST. (En el centro y con mucha valentía.)
¡Viva el rey, viva el rey!
OFIC. (A Gustavo.) Rendíos preso.
Vuestra espada entregad.
BERN. (Desesperado.) ¡Hijo del alma!
OFIC. Vuestra espada, oficial.
GUST. (Al oficial.) Aguarda, necio.
(Al pueblo.)
Los derechos del hombre y de la Francia,
inmaculado defendió este acero,
y, pues, el patrio honor hecho pedazos
por tí, sangrienta grey, miro y contemplo
como en aleves trozos reducido,
recíbele en tu faz, infame pueblo.
(Rompe la espada y la arroja al pueblo.)
VOCES ¡Muera, muera!
BERN. (Con desesperación.) ¡Ay de mí!
ENR. Ya es imposible
el salvarle, Bernardo.
GUST. (Rompiendo la marcha por el fondo.)
Vamos presto.
(Vanse todos menos Bernardo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala llamada vulgarmente de los muertos de la Conserjería de París. Puerta principal al fondo; en ella, á la parte exterior, guardia de gendarmes. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

OFICIAL, solo

No dejéis paso, gendarmes.
Me entristece ese oficial;
por una mujer perderse.
¡Son hijas de Satanás!
Mas compasión no merece
ese mancebo. A la faz
del pueblo, rompió su espada,
y es lógico y natural,
que quien es mal patriota
pague su temeridad.
¡Es la dama tan hermosa!...
Alguien se acerca.
¡Ahí está!

ESCENA II

DICHO, CAMILA y GENDARMES, éstos empujándola hasta la escena

CAM. No, no quiero morir... ¡cielos!
GEND. Es en vano que resista.
OFIC. Dejadla al punto.
GEND. A la orden.

OFIC. (¡Cómo mi ánimo contrista!)
¿Me buscábais?
CAM. Sí, un favor...
OFIC. Sí, la ordenanza incumplida...
Os escucho, mas sed breve.
CAM. No temáis, seré concisa.
Hay en la calle Lecoq
una vivienda sencilla,
blanca como la azucena
cuya morada escondida,
en aquel humilde barrio
de París, prestó tranquila
un asilo á mi existencia.
Allí transcurrió mi vida;
allí conocí á Gustavo;
allí percibí la dicha
de oir la palabra ardiente
que solo el amor inspira.
En sus ventanas veréis
macetas de siemprevivas,
cuyas hojas medio ocultan
trepadoras campanillas.
Penetrad.
OFIC. ¿Y bién... y qué?
CAM. Subid
al primer piso.
OFIC. Prosiga.
CAM. Veréis un clavo en el que
en una de sus esquinas,
sobre su canto dorado
hay un botón; quien lo oprima
dejará abierto un secreto
oculto; en él mi nodriza,
una alhaja y unas cartas
en impenetrables cifras
escritas, con gran misterio
guardaba en una cajita.
De los padres de Gustavo
no está muy lejos la quinta;
como ellos han de venir
á darnos la despedida
postrera, ese recuerdo
que me trajeran querría. (Da una carta al Oficial.)

OFIC. ¡Ah de la guardia!
GEND. ¿Llamábais?
OFIC. Al momento, esta misiva
donde indica el sobre:
Ciudadana, estais servida.

ESCENA III

CAMILA

(Suplicante.)
¡Dadme, Dios mío, valor,
para apurar tanta hiel!
¡En este trance cruel,
no me abandonéis, Señor!
¡Oh, que tu infinito amor
no me otorgue su desvío!
(Con angustia y desesperación.)
¡Mas, qué loco desvarío;
qué horrible y atroz quebranto!
¿Yo sucumbir? ¡Cielo santo!
No puede ser... no... ¡Dios mío!
Nombre, fama, posición,
amor, amistad, poder:
¿qué en suma venís á ser,
sino mentida ilusión?
Todo acaba en conclusión,
del mundo en el frenesí.
¿Pero, qué digo?... ¡Ay, de mí!
¿Dudo?... ¿Vacilo? ¡Quimera, (Con resolución.)
que es imposible que muera
(Con la mano al corazón.)
la llama que siento aquí!
El cuerpo, frágil cristal,
estalla á la violencia;
¿pero quién doma la esencia
de nuestro ser inmortal?
Lleguen la parca y el mal
con su hálito destructor;
que al apagar, con rigor,
el fulgurar de dos vidas,
irán dos almas unidas
hasta tu trono, Señor. (Queda pensativa.)

ESCENA IV

CAMILA y ENRIQUE por el fondo y GUSTAVO al final

ENR. (Vacilante y al paño.)
La última prueba. Veré
si en este triste lugar
puedo hacerla vacilar
en su amor y hasta en su fe.
(Adelantándose.)
Camila, escuchad.
CAM. (Con terror.) ¿Aun vos?
ENR. (Aquí no espero que luche.)
CAM. ¿Aún? ¿Qué me queréis?
ENR. Me escuche.
CAM. (Recobrando su energía.)
Nada existe entre los dos;
y pues al cielo le plugo
me juzgáseis una vez,
deje el implacable juez
cumplir su oficio al verdugo.
ENR. (Con despecho.)
¿Ya no temes el morir?
CAM. No; pues es preferible, al cabo,
morir amando á Gustavo,
que en brazos de otro vivir.
ENR. (Lo mismo.)
(¡Oh, rabia!)
CAM. Que en dolor fuerte
comprende el alma atrevida,
que morir con él es vida,
que vivir sin él es muerte.
ENR. (¿Y lo escuché?)
CAM. No martirio;
justas fueron tus sentencias,
pues unes dos existencias
en una muerte.
ENR. (Lo mismo.) (¡Oh, delirio!)
Si tú quieres, aun podrás
salvarte.
CAM. No, no; cruel,
sálvale primero.

ENR. (Interrumpiéndola con furor.)
¿A él?
¿A Gustavo?
CAM. Sí.
ENR. ¡Jamás!
O tu amor, Camila, en precio
de esa vida; sí, tu amor.
CAM. (Con dignidad ofendida.)
Mi vida para un traidor
inspira sólo desprecio.
ENR. (Con furor.)
Ve que provocarme así
es empeorar tu suerte.
CAM. (Con ironía.)
Si me has condenado á muerte,
¿qué más quieres? ¡Ay, de mí!
ENR. (Exaltándose.)
Quiero tu desdicha hacer,
lo mismo que mi sufrir;
porque no iguala el morir
á mi acerbo padecer.
*¿Si tu amor me condenó
*á un dolor sin esperanza,
*nivelará mi venganza
*tu pena y la mía? No;
*no basta á mi frenesí
*verte morir; que cruel
*te hará sucumbir sin él
*y él sucumbirá sin tí;
*para que al dejar la vida
*uno sin otro...
CAM. (¡Qué horror!)
ENR. Otra víctima al dolor
quede en el mundo sumida.
*Y de esta forma, que pueda
*hacer mayor sus anhelos
*la tortura de los celos
*por el ser que aquí se queda.
CAM. ¡Qué grande es la insensatez
que pretenda tal quimera!
Aquel que á uno solo hiera
mata á los dos á la vez.
*Seres que unidos se miran

*por la voluntad de Dios, (Sale Gustavo)
*ó viven juntos los dos
*ó los dos juntos espiran.
*Vé qué torpe concibió
*tu alma esa idea.

ENR. ¡Ay, de tí!
Que Gustavo piensa así,
¿quién te lo probará?
(Durante los últimos versos, Gustavo habrá entrado en escena acompañado de gendarmes; éstos no hacen más que aparecer en la puerta de la izquierda, por donde sale Gustavo, y se retiran en seguida. Gustavo, que ha permanecido detrás de Enrique y Camila, se adelanta con valentía é interponiéndose.)

GUST. Yo.

ESCENA V

ENRIQUE, CAMILA y GUSTAVO

GUST. ¡Aun loco intentas doblegar un alma
sin comprender, Enrique, tu demencia!

CAM (A Gustavo, tendiéndole los brazos, en los cuales él se precipita.)
¡Ven, amor mío, ven; llega á mis brazos,
á sostener mis quebrantadas fuerzas!

ENR. (Despechado.)
*¿Y lo oso contemplar? ¡Veo su dicha;
*ruge en mi seno férvida tormenta,
*sin que pueda evitar tanta ventura
*ni de la parca la letal presencia!

GUST. No temas el morir; para el creyente
la vida material sólo es quimera:
que en el frío recinto de la tumba
otra vida mejor, Camila, empieza.

CAM. *Como aspiran las auras, de las flores
*en la corola, la fragante esencia,
*así toma mi espíritu abatido
*nueva vida, Gustavo, en tu creencia.

ENR. *¡Desdichada de tí!

CAM. *¡Yo desdichada!

*No, Enrique, no; celebro tu sentencia,
*pues me da la alegría de que vuele
*mi alma con él á la mansión eterna.

GUST. (Con ternura)
*Yo deliro, Camila, al escucharte.
*Más te amara ¡ay de mí! si más pudiera,
*que la medida de tu amor encuentro
*en esa aspiración de tú fe ciega.
*Amor eterno me juraste un día...

CAM. *Yo te le juro aún.

ENR. *(¡Desdicha fiera!)

GUST. *Repite que me adoras; que en mí solo
*su aliento halló tu débil existencia.

ENR. (Acercándose como para interrumpirles y con mucho furor.)
*Yo tolerar no puedo...

GUST. (Con ademán enérgico.)
¡Atrás, malvado!
Aún siendo tú el verdugo, aguarda, espera.

CAM. (A Gustavo.)
*Sin padres, sin familia, abandonada,
*solo un desierto ha sido mi existencia;
*mi porvenir un cielo tan sombrío
*do no ví fulgurar ninguna estrella;
*de densa obscuridad eterna noche
*dormía el sentimiento entre tinieblas,
*hasta que un sol, en refulgente día,
*dijo al dormido espíritu: despierta.
*Si ese sol fuiste tú, Gustavo mío,
*si á su luz fuí dichosa...

ENR. *(¡Que inclemencia!)

CAM. *Si á su lumbre la vida del afecto,
*la esperanza, la fé, por vez primera
*vinieron á ocupar el alto sitio
*que deben de tener en la conciencia;
*¿cómo quieres, Gustavo, no te otorgue,
*de todo corazón, mi vida entera?
*Tú que guiaste la existencia mía;
*tú que la patria celestial recuerdas,
*tú que crees en Dios, que en él adoras;
*que me enseñaste á amar su Omnipotencia,
*y que tú me mostrastes el camino
*que el alma del mortal á Dios eleva:

*¿puedes dudar que el ser que tú educaste
*sólo alienta al amor?

ENR. *(¡Que tanto vea!)
*(Se aman: al borde de la tumba fría
*todos mis artificios los despeñan,
*qué felices los miro ¡ay! aguardando
*suene en la eternidad su hora postrera.)

CAM. (A Gustavo.)
¡¡Morir juntos los dos!! ¡¡Qué grata dicha!!
¡¡Cruzar volando la región etérea,
siguiendo el alma el rumbo que la tuya
marque en esa región con blanca estela!!

GUST. (A Enrique.)
¿Oyes? ¿Escuchas?

ENR. (Con furor.)
Sí.

GUST. ¡Ven, miserable,
á separar dos almas que se elevan;
que en el piadoso lazo de un afecto
marchan juntas á Dios!

ENR. (Con reconcentrado furor.) ¡¡Locas creencias!!
*Mentido es ese Dios y esa esperanza,
*loca ilusión de una razón enferma;
*delirios de la mente acalorada
*de un visionario y soñador poeta.
*Aquí la realidad tan sólo mora;
*nada hay que al hombre le supere y venza:
*sus manos abrillantan el diamante,
*modelo sin igual de la dureza;
*con su poder recorre los espacios,
*escruta los abismos de la tierra,
*torna obedientes á su voz é imperio
*los fieros animales de la selva;
*la tierra, el aire, el agua, en fin, el fuego
*á la razón vencidos se doblegan.

GUST. (Con ironía.)
¿Esa es tu fé?

ENR. Más razonable y justa
que la que tú proclamas.

CAM. ¡¡Oh demencia!!

GUST. ¡¡Niegas á Dios, Enrique!! ¡¡No comprende
tu débil pequeñez tanta grandeza!!
¡¡Niegas el alma!!

ENR. (Con orgullo y soberbia.) Sí; que al admitirla
medios el hombre de abatirla hubiera.

CAM. Contén tanta impiedad y no delires.

GUST. ¿Abatir el espíritu? ¡¡Quimera!!
(A Enrique.)
Puedes aprisionar en un alambre
al rayo que en las nubes centellea,
y obediente á tu voz, á tu mandato,
baja á besar tus plantas á la tierra;
para el dorado sol, que se complace
en esparcir sus rubicundas hebras,
inventó tu razón convexa lente
que, aumentando tu fuego, las concentra;
á las aves robar puedes sus alas,
cual las leyes de Arquímedes te enseñan;
mas no puedes llegar al regio alcázar,
donde sólo la fe su luz ostenta:
quieres, con tu razón, ver ese arcano,
recorrer sus abismos con tu ciencia,
y al penetrar, confuso, en su recinto,
tu vista empaña misteriosa venda;
la sombra de la duda te detiene
y una voz que te grita: «¡Atrás, soberbia!»

ENR. (Con furor.)
Pronto puedes saber si tus palabras
son soñadas mentiras ó certezas,
(Con sarcasmo.)
que de ese amor la llama inextinguible
hoy va á brillar más fúlgida en la huesa;
y, pues, morir quisiste con Camila,
¡vé á ese mundo mejor á poseerla!
(Llamando.)
¡¡Oficial!! ¡¡Hola!! ¡Aquí, venid, gendarmes!
(Oficial y gendarmes entran por el fondo.)
¡Llevadlos á que escuchen la sentencia
tan plácida á su amor!

GUST. (Con risa nerviosa.) *¡Já, já!

ENR. (Con sarcasmo.) *¿Te ríes?

CAM. (Alarmada.)
*¿Se pierde tu razón?

GUST. (Con una mano habrá cogido una de las de Camila con la otra señala con gesto profundamente irónico á Enrique, que le contempla impávido.)

*¡Oh, no, contempla!...
*¡Já, já, já, já, já, já, já!
CAM. (Con terror.) *¡Gustavo!
GUST. *¡Já, já, já, já! Con su razón henchido,
entre el polvo levanta su cabeza:
él se proclama el Dios del universo,
y no ve ni penetra su conciencia.
(Vase con rapidez por la derecha, llevando á Camila con él. Vanse el Oficial y gendarmes.)

ESCENA VI

ENRIQUE

(Queda un momento pensativo, y luego dice el siguiente monólogo con la agitación propia de un hombre atormentado por el remordimiento.)
¡Aplacaos, sufrimientos,
ó acabad con mi existencia;
guarda silencio, conciencia;
callaos, remordimientos;
no me ahogues, no, corazón
con tu agitado latir,
ó extingue tanto sufrir
dominando tu pasión!
¿Dominar sus ilusiones
el hombre?... ¡Vana esperanza!
¿Quién á dominarte alcanza,
huracán de las pasiones,
si á ser materia, y me fundo,
con su extensión el deseo,
no fuera bastante, creo,
para contener el mundo?
(Queda profundamente pensativo.)

ESCENA VII

ENRIQUE, MARCELA y BERNARDO por el fondo; éste traerá un bulto, que oculta cuidadosamente

BERN. ¡Gracias á Dios! (Al paño.)
MARC. ¡Qué tortura!

BERN. Por fin, Marcela, cumplimos
con un deber.

MARC. Sí, Bernardo;
¡pero, cuánto hemos sufrido,
temiendo llegar ya tarde
para despedir al hijo
de nuestras entrañas.

BERN. Dime:
¿estás resuelta?

MARC. A Dios pido
me dé fuerzas para trance
tan fatal.

BERN. Sí, sí; lo mismo
le ruego yo; ¡pero, calla;
(Avanzando lentamente y mirando á todas partes)
nadie hay en este recinto!
¿Se habrá suspendido, acaso,
la ejecución?

MARC. ¡Oh, Dios mío!
no des vida á una esperanza
ilusoria.

BERN. (Señalando á Enrique que continúa abstraído.)
Allí percibo
un hombre. (Con temor.)
¿Será Gustavo?

MARC. No, no, Bernardo.

BERN. ¡Abstraído
profundamente se encuentra!

ENR. (Levantándose repentinamente y dando algunos pasos hacia Bernardo.)
Veamos el fin.

BERN. (Con desesperación.) ¡Inicuo!

ENR. (Retrocediendo algunos pasos.)
¡Vosotros!... ¡ah!... ya comprendo
que buscáis.

BERN. Busco, hombre indigno,
al hijo que me ha robado
la ingratitud de un amigo.

MARC. ¿Dónde se encuentra? ¿Qué has hecho
de mi Gustavo?

ENR. (¡Oh, martirio!)

BERN. ¿Has olvidado la noche
aquélla, cuando teñido,

en tu sangre y espirante
te prestó mi casa asilo?
¿No recuerdas el afecto
que te otorgué? ¿El sacrificio
que nos costaste? ¡Ay, mira
como se abruma tu frente
al peso de tu delito!

MARC. (Suplicante.)
¡Sálvale, por Dios, Enrique.

ENR. Su loco amor le ha perdido.

MARC. (Con desesperación.)
¿Su amor? Tu rabia, tus celos,
tu iniquidad: ¡te maldigo!

ENR. (Con reconcentrado tono.)
He sido ingrato; el favor
olvidé; mas mi destino
es una lucha constante
con el mal, y combatido
por el misterioso acaso,
ruedo de abismo en abismo.

MARC. ¡Dios te salve y te perdone!

BERN. Dinos dónde está nuestro hijo.

ENR. (Señalando á la derecha.)
Allí está, en Conserjería.

MARC. Valor, ¡oh, Dios infinito! (Suplicante al cielo.)
(Vase precipitadamente. Bernardo, marcha en pos de su mujer.)

ESCENA VIII

ENRIQUE y BERNARDO

ENR. (Deteniendo á Bernardo.)
¿Qué ocultas ahí? Dí.

BERN. Un recuerdo
de esa infeliz; una caja.

ENR. Dámela, Bernardo, al punto.

BERN. ¿A tí? Fuera profanarla.

ENR. (Tratando de apoderarse de la caja.)
Vé que emplearé la fuerza
y que...

BERN. Reliquia tan santa...
¡jamás! ¡jamás!

ENR. (Lo mismo.) ¡Vive el cielo!...
Dámela.
BERN. No, quita, aparta. (Rechazándole.)
ENR. Bernardo, te lo suplico:
mira que en mi pecho estalla
recia tempestad.
BERN. (Con desprecio.) ¿Qué importa?
Contra ella sabré guardarla.
ENR. (Exaltándose más y más.)
Todos, ante mis deseos,
como una fuerte muralla
os levantáis; uno solo
jamás obtuve con calma;
pues bien, seguiré en el mal,
yo beberé hasta apurarla
esta copa, cuyas heces
mi triste vida acibaran. (Amenazador.)
Dame ese recuerdo.
BERN. (Con firmeza.) ¡Nunca!
ENR. ¡Ah, desdichado! Repara
que, ciego en mi enojo, á todo
estoy dispuesto; la infamia
ya no me detiene, no,
la ingratitud no me espanta.
(Desenvainando un puñal, que llevará oculto, y avanzando á Bernardo.)
¡O esa caja, ó tu existencia!
BERN. Hiere, que no he de soltarla. (Luchando.)
ENR. ¡Bernardo! ¡Bernardo!
BERN. ¡Enrique!
¡Ah, infame!
(La caja, desprendida en la lucha, rueda por la escena. Enrique, rápido, se apodera de ella y se dirige á la mesa donde deja el puñal al lado de la caja.)
ENR. Pude alcanzarla.
BERN. ¿Osas abrirla?... ¡Es el colmo
de tu iniquidad!
ENR. (Examinando los objetos que irá sacando de la caja.)
¡Ah! cartas...
flores marchitas y á polvo
reducidas... (Con inquietud.)
Estas armas
que aquí en el fondo en relieve

y en colores se destacan...
¡Qué recuerdo!...
(Examinando el fondo de la caja con atención.)

BERN. ¡Osas, impío,
profanar!...

ENR. (Con terror.) ¡Qué idea asalta
la turbada mente!...

BERN. ¡Infame!

ENR. ¡¡Compasión!! (Profundamente conmovido.)

BERN. ¿Puede inspirarla
un ser como tú?

ENR. (Atrayendo á Bernardo á la mesa y haciéndole examinar el fondo de la caja.)
Contempla...
mira, Bernardo, esas armas...

BERN. (Con mucha sorpresa.)
¡De la antigua Baronía
de Beaujardin! (Léase Boyarden.)

ENR. ¡Dios me valga!

BERN. ¡Será posible! ¿Qué miras?

ENR. ¡Aquí las cartas cifradas
por mí á Luisa dirigidas!

BERN. ¿Esa infeliz sentenciada,
será por ventura?...

ENR. (Con firmeza.) No; (Con exaltación.)
no puede ser; insensata
es esa idea, sí; cuando
recogido fuí en tu casa,
mal herido, maltratado
por el Barón; nada, nada
hacía temer que Luisa
pudiera ser madre...

BERN. (Con interés.) Acaba.

ENR. ¿Cuánto tiempo estuve allí?...

BERN. ¿Quién lo sabe? Fué muy larga
tu enfermedad.

ENR. (Exaltado y con vivacidad.) Sí; recuerdo
que, al abandonar la cama,
Luisa no existía y nadie
he hallado que sospechara
pudiera dejar un fruto
de nuestro amor.

BERN. ¡Calla, calla!

ENR. (Examinando con el mayor interés y terror las cartas.)
Esta... ¡oh, Dios! cuánto difiere
por su tinta, cifra y marca...
de las otras; tente, tente,
corazón, porque me matas.
BERN. ¡Qué castigo! ¡Dios piadoso!
ENR. ¡Cielos, mi frente se abrasa!
¡De Luisa, para mí!
(Leyendo. Con creciente emoción.)
¡Dios mío, valor! (Lee.) «Enrique:
Sé que en una quinta aislada,
cerca del Sena, te encuentras;
sé que tu vida batalla
con la muerte; si por dicha
el cielo tu vida salva,
el anciano sacerdote
que frecuenta nuestra casa,
te enterará, si yo muero,
de la incógnita morada
donde alienta el... tierno... fruto
de nuestro amor...»
BERN. (Profundamente conmovido.)
¡Basta, basta!
ENR. (Lo mismo y leyendo.)
«Tienes una hija.» ¡Dios mío!
«Bendícela.» ¡Escapa el alma!
«Y... cariñoso... en su frente...
un beso en mi nombre estampa.»
(Queda llorando, el rostro oculto entre sus manos. Bernardo, profundamente conmovido, le contempla. Suena en el fondo el redoble de un tambor.)
BERN. (En el colmo de la desesperación.)
¡Maldición! Ese redoble
nos quita toda esperanza.
ENR. (Sumamente agitado.)
¿Qué hacer? ¿Qué intentar? ¡Ah, sí!,
las sentencias de hoy...
BERN. (Con ansiedad.) ¡Acaba!
ENR. Debo firmar, y sin ellas
no pueden ponerse en marcha.
El tribunal reunido
debe estar ya... sí...
BERN. Me mata
la impaciencia.

ENR. Pronto, pronto
sígueme, voy á salvarla.
BERN. Y á mi hijo...
ENR. Lo intentaremos.
Corramos, que el tiempo avanza.
(Vase rápidamente por el fondo.)

ESCENA IX

MARCELA por la derecha, muy rápida, BERNARDO á la puerta del fondo.

MARC. (Corriendo á detener á Bernardo.)
¡Bernardo, Bernardo! espera,
¡Oh! ¿Qué intentas? ¿Dónde marchas?
BERN. Ven con nosotros.
MARC. ¿A dónde?
BERN. A salvarle.
MARC. ¿No te engañas?
BERN. Lo probaremos al menos.
MARC. ¡Protéjenos, virgen santa!
(Vanse con rapidez por el fondo.)

ESCENA X

CAMILA y GUSTAVO, por la derecha

GUST. Valor, Camila. ¿En este fiero trance,
á mi lado morir temes?
CAM. ¡Oh, no!
¿Qué sería de mí, ya abandonada,
sin tu amparo, Gustavo, y protección?
Mi existir fuera prolongada lucha
sin el sostén de tu piadoso amor.
GUST. Nuestro amor, nuestra inefable dicha,
¿por qué en el llanto sumes ¡oh! buen Dios?
CAM. ¡Qué pasados placeres en el alma
evocan estas horas de dolor!
GUST. (Con pasión y ternura.)
*¡Ah! ¿Recuerdas, Camila, aquella tarde,
*cuando guiados por secreta voz,

*en la ignorada esfera del afecto,
*del noble sentimiento en la región,
*un lazo indisoluble, fuerte y puro
*tu alma á la mía para siempre unió?
*Aun te contemplo á tu ventana; aun veo
*tu cara angelical, cual bella flor
*que extiende su corola perfumada
*al beso ardiente de dorado sol.

CAM. *Y yo contemplo á aquél gallardo alférez,
*llevando la bandera tricolor
*desplegada, á las auras de la Francia,
*que en ella saludaban su blasón.
*Yo le miro partir para la guerra;
*mi llanto se une á su postrer adiós,
*y su imagen no aparta de mis sueños,
*y grabada la lleva el corazón.
*Yo le imagino en fragorosa lucha,
*mostrando por doquiera su valor,
*y suplicante á mi ignorada madre,
*por él elevo férvida oración.
*(Con tristeza y terror.)
*Pero, de aquella dicha, ¿qué nos queda?
*Un solo y breve instante de dolor,
*un áspero camino: el del cadalso;
*la befa y el escarnio de esa atroz
*y sanguinaria grey, siempre sedienta
*de la inocente sangre y del honor.

GUST. (Exaltado y como hablando consigo.)
Basta, Camila, ya... ¡Qué pensamiento!
Mas, ¿cómo?... (Dudando.)
No es posible... ¡Santo Dios!
Y la nefanda mano del verdugo,
lo que siempre el deseo respetó,
ese albo seno, sí, ese ebúrneo cuello
sufrirán de sus manos la presión. (Delirante)
No puedo consentirlo, no...

CAM. (Con terror.) ¿Qué intentas?

GUST. ¿La befa y el escarnio? ¡Jamás! No...
esa sangrienta grey... la vil carreta..
los gendarmes... los gritos...

CAM. (Al cielo.) ¡Compasión!

GUST. (Mirando á todas partes delirante.)
Pero, ¿cómo, Dios mío? Pero, ¿cómo

poder librarla de la afrenta yo?
(Con desesperación.)
Hoy quiero hallar, Camila, en tu suspiro,
alas para volar hasta el Señor.

CAM. Yo no temo morir; mas sí á las turbas,
pues llega al paroxismo su furor.
(Se oye batir marcha en tambores lejanos. A continuación, terminado el redoble de tambor, se dejan oir los acordes de la «Marsellesa» tocada muy piano hasta el momento de herirse Camila, que cesa la música.)

GUST. ¿Oyes? ¿Escuchas ya?...

CAM. Sí; esa es la escolta
que viene por nosotros.

GUST. (Con frenesí.) ¡¡Maldición!!
(Mirando á todas partes, como fuera de sí, percibe el puñal que Enrique habrá dejado sobre la mesa; con rapidez y salvaje alegría se apodera de él y vuelve al lado de Camila.)
¡Cielos! ¿Qué veo aquí? ¡Gracias, Dios mío!
Ya no temas, Camila, el deshonor:
Ven amada del alma, esposa mía;
ya tu Gustavo implora tu perdón,
pues sólo quiere en tu postrer suspiro
volar á otra región.

CAM. ¿Yo perdonarte á tí, tierno Gustavo?
De mi ser todo para tí es mi amor:
(Presentándole el pecho.)
rompe la cárcel dura que aprisiona
este alma que te amó.
(Gustavo, que alza la mano para herir, al oir la voz de Enrique se detiene.)

ENR. (Al fondo y lejos.)
¡Paso, gendarmes, paso!

CAM. (Con desesperación.) ¡Qué martirio!

GUST. (Lo mismo.)
El viene á presenciar nuestro dolor;
no es posible esperar, pues nos aguarda
la afrenta y el baldón.

CAM. (Extendidos sus brazos hacia el fondo.)
¡Enrique vil, sicario despiadado,
ya comprendo te acercas: de tí en pos
doquiera vivas te acompañe siempre
mi eterna maldición!

¡Hiere, esposo mío!
(Ella misma, y con rapidez, coge la mano de Gustavo, armada del puñal, y se la lleva al corazón. Muriendo.)
Adiós, Gustavo,
tu sombra... sigo al trono del Señor;
(Señalando al cielo.)
allí te espera la que tanto te ama,
adiós.

GUST. (Hiriéndose y cayendo al lado de Camila.)
¡Padres, adiós!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ENRIQUE y BERNARDO

ENR. (Fuera.)
¡Paso, sí, paso!

BERN. (Fuera, con alegría.)
¡El perdón!

ENR. (Entrando.)
¡Mi hija, mi hija! (Quedándose aterrorizado.)
¡Oh, hado impío!
¿Qué es esto? (Tomando una mano de Camila.)
¡Su cuerpo frío!
(Precipitándose sobre Camila.)
¡Hija de mi corazón!

BERN. (Quedándose aterrorizado ante Camila y Gustavo.)
¡Desdichados!

MARC. (Precipitándose sobre Gustavo. Sollozando.)
¡Hijo mío!

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Gutenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Faquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial,* acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.

Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.

Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 16.